

Una **página** de **La Edad de Oro,** de José Julián Martí Pérez

A Page of The Golden Age

Recepción: 06/04/2007
Evaluación: 10/08/2007
Aceptación: 11/09/2007

Esau Ricardo Páez Guzmán*
Universidad Pedagógica y Tecnológica de Colombia
Grupo de Investigación Creación y Pedagogía

Artículo de reflexión

Resumen

Cuenta la experiencia de *releer* una sola página, la introducción, del libro *La Edad de Oro*, del escritor cubano José Martí; obra conformada por los cuatro números de la revista del mismo nombre, que marca un hito en la literatura y las publicaciones dedicadas a los niños. Independientemente de las notas sobre los niños y las niñas, es preciso anotar que Martí se tomó esta empresa con toda seriedad y dedicación. Los temas, los autores, las traducciones, su producción propia, la edición, las

láminas, los grabados, la aplicación en la forma, la estética y los contenidos, hacen de *La Edad de Oro*, como es de general aceptación, una de las obras singulares de la producción escrita para los niños en América Latina. Una obra que todo maestro de niños debiera conocer; una obra que todos los niños debieran leer; una obra que los editores de hoy debieran estudiar para que, quizá con ello, tomaran a los niños en serio.

Palabras clave: Martí, Edad de oro, niñas y niños, literatura para niños.



*Filósofo, Magíster en
Gobierno.
Doctorando en
Educación
Universidad
Pedagógica y
Tecnológica de
Colombia
Profesor de Planta.
esaupaez@hotmail.com*





Abstract

To read just a page is an experience that counts, in the introduction of the book «The Golden Age» written by the Cuban writer José Martí, work comprised by four issues of the magazine with the same name, which marks a hit in the literature and publications dedicated to children. Apart from the notes about children of both genders, it is necessary to note that Martí took the enterprise with all the seriousness and dedication. The subjects, the authors, the translations, his own

production, the edition, the illustrations, the engravings, the applications in the format, the aesthetics and the contents, make the Golden Age, as it is generally considered, one of the singular works of the Latin American children's writing production. A work that every child's teacher should know, a work that all children should read, a work that today's editors should study in order that, maybe with it, could take children seriously.

Key Words: Martí, Golden Age, Girls and Boys, Children's Literature.



Presentación



Con el pretexto de escribir unas notas sobre el escritor, poeta, político, maestro y periodista cubano José Martí, me he vuelto a encontrar con sus cuatro números de la revista *La edad de oro*, «dedicada a los niños de América». Y me ha asaltado la tentación de aprovechar este encuentro para centrar la atención sobre esta revista, que se volvió, como sus *Versos Sencillos* y su *Ismaelillo*, otro apellido del pensador cubano. Cuatro números que la Editorial Letras Cubanas publicó en una segunda edición en 1989, en formato de libro y con tapa dura:

La Edad de Oro fue editada originalmente en forma de cuatro revistas, y sólo volvió a aparecer así al cumplir su siglo, en una edición facsimilar; pero salvo esa excepción y, por supuesto, las de los textos que con frecuencia han aparecido por separado en publicaciones periódicas, cuadernos o antologías, desde 1905 hasta la fecha se le ha leído como un libro: en todo caso, como un libro con cuatro partes, como una pieza de cuatro movimientos, cada uno de los cuales reitera el **tempo** del anterior (Fernández Retamar en Martí, 1992).

El ejemplar tiene todavía una sobretapa de color amarillo, con una foto impresa en sepia en la que aparece el escritor sentado, vestido de oscuro y su sombrero sobre las rodillas. A su lado, una niña, de pie, sombrero en mano, absorta, ligeramente recargada sobre el costado de

Martí: no es otra que María Mantilla, la niña a quien algún día, cercano a su muerte, le escribiría estas líneas, y de quien algunos han afirmado su posible paternidad:

María mía:

Ya no te vuelvo a escribir hasta que te vea, o poco antes, y quiero decirte adiós, para que no me olvides en las alegrías de Central Valley. ¿Ves el cerezo grande, el que da sombra a la casa de las gallinas? Pues ese soy yo, con tantos ojos como tiene hojas él, y con tantos brazos, para abrazarte, como él tiene ramas. Y todo lo que hagas, y lo que pienses, lo veré yo, como lo ve el cerezo. Tú sabes que yo soy brujo, y que adivino los pensamientos desde lejos, y soy como los vestidos de esas bailarinas clavadas a un cartón que anuncian el agua, que cuando hay tiempo bueno tienen el vestido azul, y si el tiempo es malo, el vestido es del color de un golpe, de morado oscuro, y si hay tormenta, negro. Si piensas algo que no me puedas decir, de lejos lo sentiré, por dondequiera que yo ande, y me pondré oscuro, como el vestido que anuncia el mal tiempo (Martí, 1987: 210-211).



La Edad de Oro es un libro pensado para los niños. Para que lo leyera los niños. Los niños de América. De América española. Y en él sería posible encontrar, bajo sus líneas, cierta manera de ver la infancia, cierto concepto de educación y, quizá, de pedagogía. Temas todos que han ocupado la atención de varios autores, en su extensa bibliografía sobre la revista y sobre los que volveremos más adelante.

La Edad de Oro fue editada originalmente en forma de cuatro revistas, y sólo volvió a aparecer así al cumplir su siglo, en una edición facsimilar;





José Martí (1853–1895)

Su autor, reconocido en el mundo con solo pronunciar su primer apellido, Martí, es un ejemplo de personaje que muy bien podría convertirse, por la riqueza y variedad de su vida, en un buen pretexto para hacer de su biografía una colección de novelas¹ de amor, de aventuras, de guerra, de viajes.

Una de amor, como aquella clásica de Isaacs, *María*, tomando como fondo su historia con la «niña de Guatemala», María García Granados, de quien cuentan sus biógrafos se había enamorado y había dejado por atender su compromiso de boda con Carmen de Zayas Bazán. Y que, a «su vuelta de México, recién casado, descubre que la ciudad le da como bienvenida el ataúd donde está el cuerpo de la joven a la que Martí inmortalizó en el poema «La niña de Guatemala»», que en sus versos de inicio dice: *"Quiero, a la sombra de un ala, contar este cuento en flor: la niña de Guatemala, la que se murió de amor"*. Y sigue en otro verso, *"Ella dio al desmemoriado(una almohadilla de olor; él volvió, volvió casado; ella se murió de amor"*. Y termina en sus últimos versos: *"Se entró de tarde en el río, la sacó muerta el doctor; dicen que murió de frío, yo sé que murió de amor. / Allí, en la bóveda helada, la pusieron en dos bancos: besé su mano afilada, besé sus zapatos blancos. / Callado, al oscurecer, me llamó el enterrador; nunca más he vuelto a ver(a la que murió de amor"*.



amores inocentes de Martí y María, que a la sazón contaría unos 15 años (según Izaguirre, 20): El escritor, poeta, político y patriota antillano ya estaba comprometido con doña Carmen Zayas Bazán, de origen cubano. Marchó a México, donde residía la familia Zayas Bazán, contrajo matrimonio con la prometida y regresó casado a Guatemala en 1878. María, que según decían las malas lenguas tenía tuberculosis –enfermedad que *La dama de las camelias*, escrita por Dumas, volvió romántica–, se agravó poco tiempo después, quién dijo que por la tisis, quién que por la decepción amorosa, y murió cuando todavía era un capullo que no alcanzó a florecer... (Molina, 2008).



¹ Para estos datos biográficos en lo fundamental he seguido el texto que acompaña la obra: *José Martí, Obras Escogidas en Tres Tomos*, Editora Política, La Habana, 1978. Y el texto de Ana Garrafón *Estética de la infancia en «La Edad de Oro» de José Martí*, publicada en Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes, en Internet: www.cervantesvirtual.com





Era marzo de 1877 y Martí, que tiene 24 años, llega a Guatemala, procedente de La Habana, luego de un periplo que lo ha llevado de España a Inglaterra, México, Cuba y Guatemala. En mayo conoce a María y enamorado viaja a México en donde en noviembre contrae nupcias con doña Carmen, cubana, con quien al año, en noviembre de 1878, tiene a su hijo José Francisco, su Ismaelillo, el del poema. Venía de cumplir la pena del destierro, que desde 1871 se le había concedido a cambio de la pena de seis años de prisión a que había sido condenado el 4 de marzo de 1870. ¡Cuando tenía 16 años!

Quizá podríamos pensar en *otra* novela, esta, la del joven que a sus 16 años es condenado en un consejo verbal a seis años de prisión por estar desde los 15 años publicando escritos políticos que apoyaban la lucha cubana por su independencia de España.

Aquel joven, hijo de padres españoles, valencianos, por más; hijo único entre siete hermanas, y que la pobreza no fue obstáculo para impedir su curiosidad, su afán de lectura y su aplicación a la escritura, amén del apoyo que le dio su maestro, Rafael María Mendive, en la escuela municipal de varones de La Habana, desde la prisión solo atinó pedirle a su madre: «Mándeme libros de versos y uno grande que se llama El Museo Universal». Y que en 1871, a cambio de la prisión y por los ruegos de su padre, es obligado al destierro en España, en donde hará su bachillerato y su licenciatura en Filosofía y Letras, graduándose simultáneamente en 1874. Tenía 21 años.

O podría ser la historia del niño pobre, hijo de padres pobres que llegan de España a probar suerte en la isla caribeña de Cuba: don Mariano Martí y doña Leonor Pérez.

Hermano mayor de sus cinco hermanas sobrevivientes, en pelea soterrada con su padre, hombre adusto y quizá rudo, que no veía con buenos ojos que su único hijo cayera en la mala costumbre de las letras, y menos de la política antiespañola, ellos que eran españoles. La historia de un niño pobre, brillante, irreductible y valiente, que se hará famoso en el mundo como escritor, poeta, periodista, revolucionario. Que fue a prisión a sus 16 años. Cónsul de Argentina, Uruguay y Paraguay ante el gobierno de los Estados Unidos a los 30 años. Y que muere de una bala, en la única batalla que tomó la decisión de librar. En la única guerra que le quitó el sueño: la que apoyó, organizó y participó contra el colonialismo español. Era el año de 1895. Tenía 42 años. Según Daniel Román, Martí «cabalgó deliberadamente hacia las tropas enemigas... para hacerse matar de cara al sol, como él mismo lo había vaticinado».

Podría muy bien hacerse la novela del hombre que abrazó la causa de la libertad de Cuba como motivo central de su existencia. Su pensamiento, su obra, su tiempo, su familia, su alma, su propia libertad y su vida no pueden verse al margen de su historia de militancia por la libertad de su Cuba. «Mándeme libros de versos y uno grande que se llama El Museo Universal», le ruega en una carta a su madre a los 16 años, preso y condenado por escribir y publicar sus ideas anticoloniales. «Mándeme libros de versos...» para hacerle la guerra a España. «... y uno grande que se llama El Museo Universal», quizá el hombre cosmopolita buscando en el futuro un lugar en el mundo para su Cuba soñada. Y que no esperó en los sueños, sino que convirtió su sueño en el horizonte y motivo de su acción. El hombre de la pluma y los versos sencillos también era un hombre de acción. Un hombre de guerra. En 1881,



O podría ser la historia del niño pobre, hijo de padres pobres que llegan de España a probar suerte en la isla caribeña de Cuba: don Mariano Martí y doña Leonor Pérez.



«en octubre renuncia a todos sus cargos para dedicarse de lleno a la preparación de la *guerra necesaria*. Ese mismo mes publica sus *Versos sencillos* en Nueva York» (Martí, 1978). Un partido para la guerra, un llamado para la guerra, una decisión de guerra. Una guerra. José Martí murió en 1895 desafiando la fusilería española para convertirse en ícono, algunos lo llamaron apóstol de la revolución cubana.

En fin, podría hacerse la novela del escritor que escribe versos, que escribe cuentos, que escribe ensayos, que escribe artículos para periódicos y revistas, en una prosa de la que Cabrera Infante decía:

si no debió de morir, sí debió de vivir, y sin duda, la única vida que queda ahora a Martí está en su prosa poderosa, en sus ensayos adelantados y en sus artículos de prensa, que son literatura imperecedera: todo lo que toccó lo convirtió en prosa pura. Es ésta la que hay que recordar no importa cuándo, que se acerquen a ella ojos humanos que saben leer español tendrán que admitir: "Pero, ¿por qué? lamentar que Martí no debió de morir? Martí no ha muerto. Ahí está vivo en su prosa viva. Esa prosa es el hombre. José Martí es un hombre hecho de prosa" (Cabrera Infante, 1997).



De julio a octubre de 1889 Martí edita los cuatro números de *La edad de oro*. Los únicos números de un proyecto de publicación mensual. Cuatro.



O del educador, el pedagogo, el hombre universal de la cultura universal, volviendo legible para los niños *La Iliada*, de Homero, o dando consejos a María Mantilla de los libros y el orden en que debería leerlos. El autor de la idea y de la escritura y de la obra de *La edad de oro*, el libro para los niños, escrito por un escritor que era educador, revolucionario y

guerrero y a quien podríamos dedicar sus propios versos: «...dicen que murió de frío, yo sé que murió de amor».

«A los niños que lean *La Edad de Oro*»

De julio a octubre de 1889 Martí edita los cuatro números de *La Edad de Oro*. Los únicos números de un proyecto de publicación mensual. Cuatro. Tenía 36 años y vivía en Nueva York. *La Edad de Oro*, con un texto que a manera de prólogo, *A los niños que lean «La Edad de Oro»*, desde la primera línea anunciaba de manera explícita y directa que esta era una publicación para los niños. Es posible que a los ojos de alguien contemporáneo, cierta manera de concebir a los niños, de diferenciar los niños y niñas, de ver la infancia, como lo hace José Julián Martí, pudiere parecer anacrónica y hasta sexista: «Para los niños es este periódico, y para las niñas, por supuesto» (Martí, 1989: 2). «Por supuesto», aclaración no pedida; quizá,





preocupación por el sustantivo que pudiera parecer excluyente; quizá un pequeño olvido que en la siguiente línea corrigió: «y para las niñas, por supuesto». O quizá una advertencia, como para salir anticipadamente al paso de quien se quedara apenas en el énfasis de género, el masculino, y olvidara el concepto que habla de un conjunto que excede la *o* del género y habla de un mundo donde los niños son una manera de nombrar ciertos seres que nos recuerdan todo el tiempo un pasado de ruido inocente e irresponsable y nos echan en cara que en sus juegos ya está el futuro. Independientemente del género. Indiferentes a si son niños con *a*, o niños con *o*. Son los niños y, por supuesto, las niñas.

Pero no, cuando seguimos las líneas de su prólogo, Martí es claro; hay niñas y hay niños. Y son diferentes. La *o* tiene un valor, la *a*, otro. Porque deben hacer cosas distintas. «El niño ha de trabajar, de andar, de estudiar, de ser fuerte, de ser hermoso». Pero el niño no es «más bello que cuando trae en sus manecitas de hombre fuerte una flor para su amiga». Bello, no importa si es feo. Su



belleza está en traer una flor para su amiga. Para la niña. El niño *da* flores. La niña *recibe* flores. El niño tiene *manecitas* que nos recuerda que es apenas un niño, pero la acción de traer en sus *manecitas* una flor lo hace el *hombre* fuerte que ya es. Belleza virtual, fuerza virtual. Uno, la *acción*, otro, la *pasión*, en el sentido estricto del término.

«... o cuando lleva del brazo a su hermana, para que nadie se la ofenda». Su *manecita* está unida de un *brazo*. No tiene *bracito*. El niño tiene un brazo de *hombre fuerte*, porque tiene que ser fuerte para proteger a su hermana. Su hermana es *una niña*, la niña es *llevada* de un brazo de hombre fuerte. La niña necesita ser protegida. Es débil. Y el niño, «el niño crece entonces, y parece un gigante». Se convierte en fuerte y crecido. Porque: «el niño nace para caballero, y la niña nace para madre». ¡Ah! Esa es la razón. Es la diferencia. Niño-hombre, niña-madre. El destino está en su naturaleza, han *nacido*, están determinados de una manera extraña, una diferencia que no guarda simetría: pues a niño-hombre correspondería niña-mujer. Pero han *nacido* para órdenes distintos: uno, para ser hombre-caballero, el género se sobrepone y de él se atribuye la fuerza, la cortesía y la belleza; otro, para ser madre, una función, un atributo posible del género, pero que no es el género. Mujer no hace pareja con hombre. No hay otra opción, de antemano, de *nacimiento*, el destino está marcado en la niña: será madre. Y, cuánto más, una dama, ¿qué tal que no lo fuera? «Este periódico se publica para conversar una vez al mes, como buenos amigos, con los caballeros de mañana, y con las madres de mañana».

Pero ¿de qué va a conversar el Martí de la *edad de oro*? Con las niñas, de «cuentos lindos con qué entretener a sus visitas y jugar con sus muñecas». Y con los niños, «para decirles... lo



Pero no, cuando seguimos las líneas de su prólogo, Martí es claro; hay niñas y hay niños. Y son diferentes. La *o* tiene un valor, la *a*, otro. Porque deben hacer cosas distintas. «El niño ha de trabajar, de andar, de estudiar, de ser fuerte, de ser hermoso». Pero el niño no es «más bello que cuando trae en sus manecitas de hombre fuerte una flor para su amiga».





*que deben saber para ser de veras hombres». Un libro con cuentos bonitos para las niñas, para que puedan *entretener* después a sus visitas. Que no se vayan a aburrir. Nada serio. Bonito, sí. Entretenido. Y, por supuesto, *para jugar con las muñecas*. Para qué más. Por lo demás, no pueden sino jugar con las muñecas. Las niñas-madres virtuales serán las *madres de mañana*. Mientras los niños tendrán que vérselas con cosas serias, tendrán que leer para saber de verdad cómo ser hombres de verdad. Para la política, para el gobierno, para el saber. Y que no se le ocurra el chismorreo entretenedor de las niñas-madres y sus muñecas.*

Y en las siguientes líneas de su *prólogo*, Martí hace una ligera descripción de lo que considera pueden ser las razones por las que se publica *La Edad de Oro*, en relación con los niños:

que los niños americanos sepan cómo se vivía antes... cómo se hacen tantas cosas... conozca los libros famosos... las batallas y las religiones... lo que se hace en los talleres... lo que se sabe del cielo, y de lo hondo del mar y de la tierra... queremos que los niños de América sean: hombres que digan lo que piensan, y lo digan bien: hombres elocuentes y sinceros.

En contraste con las razones que escribe cuando se refiere a las niñas:

deben saber lo mismo que los niños, para poder hablar con ellos como amigos cuando vayan creciendo; como que es una pena que el hombre tenga que salir de su casa a buscar con quien hablar, porque las mujeres de la casa no sepan contarle más que

de diversiones y de modas. Pero hay cosas muy delicadas y tiernas que las niñas entienden mejor. Les diremos cosas así, como para que las leyese los colibríes, si supiesen leer. Y les diremos cómo se hace una hebra de hilo, cómo nace una violeta, cómo se fabrica una aguja, cómo tejen las viejecitas de Italia los encajes.

Para los niños, el saber tiene sentido por el saber como tal. Que sepan. Y, si se necesita otra razón, para que sean *elocuentes y sinceros*. La razón está referida a ellos mismos y en relación con lo que se supone se espera de los niños en su futuro de *hombres fuertes*. Salta a la vista que, a pesar de afirmar José Martí que las niñas deben saber lo mismo que los niños, la razón es para que cuando sean *mujeres de la casa* puedan tener temas interesantes para conversar con el hombre. Para que él no se aburra. Y en cuanto a los temas, para ellas lo delicado, asociado a los colibríes, y no podía ser de otra manera, aquellos temas relacionados con los oficios *propios* de las *mujeres de la casa*: tejer y coser.

Martí dice todo esto en una sola página. La primera, la que titula *A los niños que lean «La Edad de Oro»*. En el primer número, publicado en julio de 1989 en Nueva York. Pero es pertinente recordar que el autor es un hombre del siglo XIX y que sería un acto de *puro aguafiestas* quedarnos en esta primera página, de por sí cuidadosamente escrita, con amabilidad y entusiasmo. En ocasiones, hasta un tanto utópica e ingenua, pues Martí esperaba que su publicación tuviera duración en el tiempo, como se puede deducir de su anunciado concurso y premio: *«La Edad de Oro va a tener cada seis meses una competencia, y el niño que le mande el trabajo mejor, que se conozca de veras que es suyo, recibirá un buen premio de libros y diez ejemplares del*



número de *La Edad de Oro*. ¡Cada seis meses! Y un premio de ¡diez ejemplares!

Basta hojear los cuatro números que son el libro de *La Edad de Oro*, para hacernos una idea más generosa de esta obra, que marca un hito en la literatura y las publicaciones dedicadas a los niños. Independientemente de las notas sobre los niños y las niñas, es preciso anotar cómo Martí se tomó esta empresa con toda seriedad y dedicación. Los temas, los

autores, las traducciones, su producción propia, la edición, las láminas, los gravados, la aplicación en la forma, la estética y los contenidos hacen de *La Edad de Oro*, como es de general aceptación, una de las obras singulares de la producción escrita para los niños. Una obra que todo maestro de niños debiera conocer; una obra que todos los niños debieran leer; una obra que los editores de hoy debieran estudiar para que, quizá con ello, tomaran a los niños en serio.

Anexo

A los niños que lean «La Edad de Oro»

José Martí

Para los niños es este periódico, y para las niñas, por supuesto. Sin las niñas no se puede vivir, como no puede vivir la tierra sin luz. El niño ha de trabajar, de andar, de estudiar, de ser fuerte, de ser hermoso: el niño puede hacerse hermoso aunque sea feo; un niño bueno, inteligente y aseado es siempre hermoso. Pero nunca es un niño más bello que cuando trae en sus manecitas de hombre fuerte una flor para su amiga, o cuando lleva del brazo a su hermana, para que nadie se la ofenda: el niño crece entonces, y parece un gigante: el niño nace para caballero, y la niña nace para madre. Este periódico se publica para conversar una vez al mes, como buenos amigos, con los caballeros de mañana, y con las madres de mañana; para contarles a las niñas cuentos lindos con qué entretener a sus visitas y jugar con sus muñecas; y para decirles a los niños lo que deben saber para ser de veras hombres.

Todo lo que quieran saber les vamos a decir, y de modo que lo entiendan bien, con palabras claras y con láminas finas. Les vamos a decir cómo está hecho el mundo: les vamos a contar todo lo que han hecho los hombres hasta ahora.

Para eso se publica *La Edad de Oro*: para que los niños americanos sepan cómo se vivía antes, y se vive hoy, en América, y en las demás tierras; y cómo se hacen tantas cosas de cristal y de hierro, y las máquinas de vapor, y los puentes colgantes, y la luz eléctrica; para que cuando el niño vea una piedra de color sepa por qué tiene colores la piedra y qué quiere decir cada color; para que el niño conozca los libros famosos donde se cuentan las batallas y las religiones de los pueblos antiguos. Les hablaremos de todo lo que se hace en los talleres, donde suceden cosas más raras e interesantes que en los cuentos de magia, y son magia de verdad, más linda que la otra: y les diremos lo que se sabe del cielo, y de lo



hondo del mar y de la tierra: y les contaremos cuentos de risa y novelas de niños, para cuando hayan estudiado mucho, o jugado mucho, y quieran descansar. Para los niños trabajamos, porque los niños son los que saben querer, porque los niños son la esperanza del mundo. Y queremos que nos quieran, y nos vean como cosa de su corazón.

Cuando un niño quiera saber algo que no esté en *La Edad de Oro*, escribanos como si nos hubiera conocido siempre, que nosotros le contestaremos. No importa que la carta venga con faltas de ortografía. Lo que importa es que el niño quiera saber. Y si la carta está bien escrita, la publicaremos en nuestro correo con la firma al pie, para que se sepa que es niño que vale. Los niños saben más de lo que parece, y si les dijeran que escribiesen lo que saben, muy buenas cosas que escribirían. Por eso *La Edad de Oro* va a tener cada seis meses una competencia, y el niño que le mande el trabajo mejor, que se conozca de veras que es suyo, recibirá un buen premio de libros, y diez ejemplares del número de *La Edad de Oro* en que se publique su composición, que será sobre cosas de su edad, para que puedan escribirla bien, porque para escribir bien de una cosa hay que saber de ella mucho. Así queremos que los niños de América sean: hombres que digan lo que piensan, y lo digan bien: hombres elocuentes y sinceros.

Las niñas deben saber lo mismo que los niños, para poder hablar con ellos como amigos cuando vayan creciendo; como que es una pena que el hombre tenga que salir de su casa a buscar con quien hablar, porque las mujeres de la casa no sepan contarle más que de diversiones y de modas. Pero hay cosas muy delicadas y tiernas que las niñas entienden mejor, y para ellas las escribiremos de modo que les gusten; porque *La Edad de Oro* tiene su mago en la casa, que le cuenta que en las almas de las niñas sucede algo parecido a lo que ven los colibríes cuando andan curioseando por entre las flores. Les diremos cosas así, como para que las leyese los colibríes, si supiesen leer. Y les diremos cómo se hace una hebra de hilo, cómo nace una violeta, cómo se fabrica una aguja, cómo tejen las viejecitas de Italia los encajes. Las niñas también pueden escribirnos sus cartas, y preguntarnos cuanto quieran saber, y mandarnos sus composiciones para la competencia de cada seis meses. ¡De seguro que van a ganar las niñas!

Lo que queremos es que los niños sean felices, como los hermanitos de nuestro grabado; y que si alguna vez nos encuentra un niño de América por el mundo nos apriete mucho la mano, como a un amigo viejo, y diga donde todo el mundo lo oiga: «¡Este hombre de *La Edad de Oro* fue mi amigo!»»



Bibliografía

- CABRERA INFANTE, Guillermo (1997): Prólogo de *Un diario que dura más de cien años*, Diario de José Martí. Barcelona: Galaxia Gutenberg, Círculo de Lectores.
- MARTÍ, José (1987): *Obras Escogidas*, en tres tomos, La Habana: Editora Política.
- _____ (1989): *La Edad de Oro*. La Habana: Editorial Letras Cubanas.
- _____ (1992): *La Edad de Oro*. Edición crítica anotada y prologada por Roberto Fernández Retamar. México: Fondo de Cultura Económica (primera edición en Roma/Turín: Casa Editrice Nazionale, 1905).
- MOLINA, María del Rosario (2008): *La niña de Guatemala*, Disponible en: diariodelgallo.wordpress.com/2008/05/14/la-nina-de-guatemala-por-maria-del-rosario-molina/
- ROMÁN, Daniel. Disponible en: www.josemarti.org/jose_marti/biografia/muerte_muertemartiintro.htm